

PINTANDO AL CONVERSO. LA IMAGEN DEL MORISCO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1492-1614)

Borja Franco Llopis y Francisco J. Moreno Díaz del Campo,
Cátedra, Madrid, 2019. 479 págs.
ISBN 978-84-376-4036-5

La necesidad de identificación del morisco como persona antagónica del cristiano nuevo, fuerza la necesidad de unas señas identitarias que van encontrando su vehículo a través de diversos hitos que varían en el tiempo y entre los que el de la vestimenta es sin duda uno de los más recurrentes, cambiando y transformándose según las urgencias de señalar en una u otra dirección a los supuestos enemigos (internos y externos) de un estado en construcción.

En tres bloques se estructura el discurso. El primero nos introduce en la materia, su extensión es considerablemente menor a la de los dos a los que precede, porque su objetivo es el de colocarnos en antecedentes y situarnos ante la problemática que supone enfrentarnos a la articulación de una idea y su visualización formal. Las referencias eruditas que rastrean los autores de manera sistemática y exhaustiva, podemos decir que recogiendo prácticamente todos los estudios publicados al respecto —lo que es una constante a lo largo de toda la obra—, se hace más presente, si cabe, en esta primera parte.

La forja de esa imagen que busca diferenciar lo indiferenciable, se estructura a través de la literatura y de las representaciones visuales —pintura y escultura fundamentalmente—. Tal vez la literatura, la que conforma la segunda parte, sea la que más fácil lo ha tenido en el tiempo, pues a través de los textos, los diferentes autores han recreado y construido unos modelos cuya plasmación táctil es menos física y tal vez innecesaria, pero que ha servido perfectamente para la identificación de los contrarios. Los instrumentos con los que cuenta el lenguaje para modelar las

ideas parecen, en principio, más adaptables, más moldeables al objetivo perseguido. Y la búsqueda de estas señas es rastreada a través de los textos de autores como Lope, Cervantes, Calderón, Laso de Vega y Hurtado de Mendoza.

Pero no se ciñe exclusivamente a lo literario este segundo bloque, pues en él tienen cabida capítulos tan interesantes como el de la vestimenta, con sus códigos y costumbres y el de las celebraciones, ambos tan útiles para establecer las diferencias (en ambas direcciones) como para delatar, de manera más o menos velada, los orígenes comunes.

Sobre una muy concisa selección de imágenes se nos muestra la dificultad histórica de estructurar un discurso, que va transformándose en el tiempo, y que persigue la elaboración de esas señas para la identificación visual de una idea: la del otro. El análisis de los relieves de Felipe Bigarny (ca.1521) con el tema del bautismo de los moriscos, en la Capilla Real de Granada; y los lienzos con el de la expulsión de los moriscos atribuidos a Vicente Mestre y a Pere Oromig (ca.1614), de la Fundación Bancaja, conforman el eje sobre el que gravita el discurso de la representación de lo morisco, presente a lo largo de todo el estudio, aunque se concentra en la tercera parte de la obra. Entre las deliberaciones en torno a los lienzos con el tema de la expulsión de los moriscos queda la siguiente reflexión que nos sirve para recoger el hilo conductor del discurso que transcurre a través de estas cuatrocientas setenta y nueve páginas:

Se estaba "etnizando" al morisco con la intensificación de la diferencia, para señalarlo como cuerpo extraño de la sociedad y, así justificar su expulsión.

Y pocas líneas más adelante se concluye,

Con el color de la piel y los trajes se hace a los moriscos más musulmanes y a los cristianos más cristianos.

La carencia de elementos para poder establecer diferencias tangibles que se demuestran imposibles, la evidencian las palabras recogidas del que fuera obispo de Barcelona y maestro inquisidor Martín García a finales del siglo XV, para quien los moriscos eran hispanos compatriotas, nacidos entre los propios españoles: es decir sin diferencia alguna.

Las revueltas alpujarreñas suponen el punto final para la constatación de un modelo de sociedad con la expulsión del contrario: quien no es como yo, no pertenece a esta sociedad que me identifica como parte del grupo, es por lo tanto extranjero, invasor. Es algo que venimos viendo, desgraciadamente, en nuestro día a día, situando las reflexiones del presente estudio en primera línea de actualidad.

No obstante, plantea que visiones como la del arzobispo Castro, pudieran no estar encaminadas realmente hacia la culpabilización del morisco y que las interpretaciones que se han hecho en este sentido sean fruto de otros intereses, lecturas y

manipulaciones. Los actos de barbarie descritos en la revuelta de las alpujarras no serían obra de los moriscos, sino de los venidos de fuera: turcos y berberiscos. No obstante, de esta forma, la idea de invasión cobra también mayor cuerpo.

Y como conclusión. El estudio que partía de una pregunta, también acaba con ella; la de si, en definitiva, es o ha sido posible pintar al converso, es decir, representar una idea, la idea del converso. Y tal afirmación pueda parecer un tanto ingenua como premisa en la historia del arte, pues es la misma que a fin de cuentas ha servido y sirve para representar cualquier otra idea, sea de la naturaleza que sea. Pero no lo es, pues la pregunta alcanza la respuesta buscada, es decir, la de los instrumentos empleados para la identificación de esa realidad inmaterial, la del morisco, la del cristiano nuevo, la del cristiano viejo, toda vez que no existen realidades tangibles o instrumentos raciales que los identifiquen.

Son por supuesto bastante más complejos los discursos que en esta escueta reseña se han señalado. No se trata de un estudio cerrado, sino, al contrario, de una puerta que permanece abierta a esa nueva mirada que lleva un tiempo abriéndose paso, intentando acercarse a la mirada de los otros, que dicho sea de paso, no olvidemos también fuimos nosotros: la Alteridad.

Antonio Perla de las Parras

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1849-4390>

UNED